

SEGUNDO PREMIO –II–

De un pueblo de Zamora a la ciudad de las luces

Elisabeth García Bermejo

Podría empezar contando las andanzas de Salvador luego de pequeño, cuando a la edad de nueve años se quedó sin padre (Marcelino García Fernández, fusilado el 12 de septiembre de 1936) y por ende en una situación más que crítica. En efecto, los cinco huérfanos de padre eran todos niños pequeños y su madre, Eutiquia, se quedó sin recursos, con lo cual la familia se desagregó y la madre no tuvo más remedio que separarse de sus hijos a quienes mandó a casa de familiares para que los mantuvieran a cambio de trabajo. Así, Salvador tuvo que dejar esporádicamente el hogar familiar trabajando en el campo, en el monte, con las ovejas o sirviendo; no obstante, no me adentraré más en detalle en este periodo sino que comenzaré plenamente el relato con la primera verdadera salida de su pueblo natal, Belver de los Montes, Zamora, el 16 de enero de 1943.

Las circunstancias de la guerra y de la posguerra le habían enseñado a buscarse la vida como vulgarmente se dice y tenía tan solamente 16 años cuando decidió marchar a Tábara, a casa de un primo, Ángel, para aprender el oficio de carpintero.

Los recuerdos de aquella estancia no son agradables ya que pasó muchísimo frío y muchísima hambre. En efecto, vivía con gente modesta que poco podía darle de comer y las condiciones de vida eran relativamente miserables. Tras días enteros de trabajo en el taller desde el amanecer hasta las diez de la noche, le tocaba acostarse en el sobrado en el suelo ya que el único colchón, si así se puede llamar, que tenía era un saco de centeno en el cual era imposible dormir debido a los picotazos y a la polvareda que preparaba. Si el descanso

era poco reparador, las comidas frugales de berza o patatas diarias no satisfacían tampoco su apetito de adolescente y sin embargo, constituían su única paga por el trabajo aportado.

Algo más de dos largos años estuvo en Tábara aprendiendo a arreglar carros, fabricar arados, puertas, ventanas y todo tipo de muebles. Dos largos años de miseria que correspondieron a la grave crisis que atravesaba España, años de sequía y de cosechas perdidas, años de racionamiento.

Regresaron entonces a dicho pueblo unos hombres que le informaron que había trabajo en el salto de Villalcampo, con lo cual, sin pensárselo dos veces, dejó Tábara el 25 de junio de 1945 y tras una breve estancia en Belver para ver a su madre y hermanos marchó para ese nuevo lugar.



Salvador, con ganas de ganarse por fin la vida y poderle mandar a su madre un salario decente llegó al salto de Villalcampo el 9 de julio de 1945. Nada más presentarse lo aceptaron y de inmediato se puso a trabajar.

La construcción del salto formaba parte del plan de plantas hidroeléctricas que proliferaban por todo el país con lo cual, se necesitaba mano de obra. La empresa que lo empleó, *Agromán*, subcontractada por *Iberduero*, lo puso en un principio a pico y pala durante una semana. Lo trasladaron luego a una brigada de arrastre para llevar vigas, chapas, etc. y por fin, como hizo saber que era carpintero, le dieron un puesto de encofrador que no sólo correspondía a su formación sino que también era una labor menos penosa. El trabajo se

hacía por turnos semanales: de las seis de la mañana a las dos de la tarde, de las dos a las diez de la noche y de las diez de la noche a las seis de la mañana. A él sólo le tocó el horario por turnos la primera semana, luego, al ser encofrador ya tenía un horario normal de ocho y media a seis y media de la tarde.

Durante la primera semana en que estuvo a pico y pala, cobró 52 pesetas. Más adelante, con las horas extraordinarias que efectuaba, empezó a ganar alrededor de setenta pesetas semanales, llegando incluso algunas veces a cien. Por supuesto todo el salario lo ahorra para mandárselo a su familia que, aparte del hermano mayor, residía en Belver.

La vida en el salto no era desagradable y favorecía los intercambios y las amistades. Los únicos episodios verdaderamente difíciles fueron cuando se mataron dos obreros en accidente laboral. Había en aquella obra unos mil hombres trabajando. Dormían en pabellones comunes. El de Salvador era el número 13 que constaba de setenta y dos camas literas. En cuanto a la comida una vez más, no pecaba ni de abundancia ni de calidad, en efecto, eran fréjoles a mediodía y por la noche todos los días de la semana.

Durante los ratos libres si hacía bueno jugaban a la pelota en un frontón que allí cerca se encontraba y cuando llovía jugaban a las cartas o charlaban. Los domingos y días de fiesta iban al baile a los pueblos de los alrededores como Moralina, Vellón de Sayago¹...

En el salto estuvo trabajando año y medio, hasta el 24 de diciembre de 1947 en que decidió regresar a Belver a festejar la Navidad en familia. Dicha presa fue acabada de construir sobre el año 1949.

Tenía entonces justo veinte años y llevaba ya casi cuatro años fuera del pueblo trabajando con adultos. Salvador empezó, pues, a sentir la necesidad de instalarse y quedarse junto a los suyos. Se presentó entonces una oportunidad, un primo segundo, Manolo, tenía una panadería en la que empleaba a Horacio, hermano de Salvador. Manolo se casó con una chica de Castro y optó por establecerse en dicho pueblo, fue entonces cuando la familia decidió coger el traspaso de la panadería. Para ello, tuvieron que vender una casa que habían adquirido siete años antes y sacaron un crédito de diez mil pesetas a finales de 1947.

En la panadería trabajaban, pues, Horacio y Salvador manteniendo a su madre y a sus otros dos hermanos menores. Así transcurrieron casi otros dos años practicando este nuevo oficio de panadero hasta que llegó el momento de hacer la mili que duró desde el 8 de abril de 1949 hasta el 25 de septiembre de 1950, mili que realizó en la ciudad de Salamanca. Una vez cumplida esta obligación regresó de nuevo a la panadería a Belver.

¹ La autora debe referirse a la localidad de Abelón de Sayago, Zamora (N.E.).



Aunque el oficio era duro y la situación económica no era extraordinaria, al menos estaba en su pueblo entre los suyos y amo de su propio comercio. La vida se organizaba alrededor del amasamiento, de la cocción del pan, de la compra de harina, de la clientela, y al ritmo de la vida cotidiana en el pueblo con sus días laborales y sus pocos festivos para los panaderos.



El 21 de septiembre de 1955 se casó con Dolores, la hija del confitero de Belver quien pasó de la confitería a la panadería. Allí estuvieron viviendo casi un año pero, al estar ya casado y con una hija, empezó a pensar en independizarse. Además, en esa época de fuerte éxodo rural, la población del pueblo

se redujo considerablemente y la falta de ganancia en la panadería se hizo sentir. La mayoría de los belveriscos² que emigraron a principios de los años cincuenta se instalaron en el País Vasco para buscar trabajo en la industria. El descenso demográfico del pueblo hizo que la panadería resultara pequeña para todos y Salvador tuvo que plantearse el salir una vez más de Belver. La destinación (*sic*) era bastante evidente, no sólo porque se trataba de seguir la corriente general sino también porque un tío de Dolores, Pedro Bermejo, era comisario de policía en la capital vizcaína y contaban con su influencia para que éste proporcionara trabajo. La siguiente etapa sería, pues, Bilbao.

La joven pareja le escribió entonces una carta a Pedro explicándole la situación y pidiéndole que ayudara a Salvador a encontrar trabajo. Contestó al poco tiempo diciendo que había encontrado un puesto en una panadería con lo cual Salvador se fue para Bilbao el 27 de agosto de 1956 dejando a Dolores y a la hija que tenía poco más de un mes en Belver.

Cuando llegó a casa de los familiares, resultó que el puesto en dicha panadería no existía. Al día siguiente de estar allí, la mujer de Pedro lo acompañó al sindicato para ver las propuestas de trabajo. Le dijeron que no tenían nada pero que volviera al día siguiente ya que seguramente saldría alguna plaza. Volvió pero le dieron la misma respuesta asegurándole que era excepcional el que no hubiera nada pero que volviera porque al día siguiente fijo que tendrían algo. Al tercer día se presentó de nuevo en el sindicato donde repetían incesantemente lo mismo. Era inútil insistir, el ir al sindicato era una pérdida de tiempo, por consiguiente, se puso a buscar trabajo por su propia cuenta.

Como no quería abusar de la hospitalidad de los tíos de su mujer, Salvador buscó vivienda y pronto encontró a una patrona que le alquiló una habitación a compartir con otros cuantos hombres. En cuanto al trabajo, iba de obra en obra ofreciendo sus servicios. En la primera lo cogieron para trabajar a pico y pala pero sin saber por qué, un obrero gallego que trabajaba allí le empezó a hablar mal de Salvador al patrón y al cabo de la primera jornada fue despedido. Encontró otra obra donde los que lo emplearon fueron los propios obreros sin que el patrón se percatara. Dichos obreros se comprometían a realizar cierto trabajo que delegaban a los recién llegados a los que ellos mismos pagaban lo que les apetecía. Al parecer se trataba de una práctica corriente aunque totalmente ilegal y en cuanto Salvador se dio cuenta del negocio dejó el trabajo.

No obstante, él poseía la cualificación de carpintero y el trabajar a pico y pala no le interesaba. Empezó a buscar trabajo de carpintero e integró una carpintería en Galdácano donde estuvo un mes sólo porque quedaba lejos de

² Gentilicio de los de Belver de los Montes (N.E.).

Bilbao. Finalmente, consiguió un puesto de encofrador en una obra donde le pagaban un duro por hora para once horas de trabajo diarias. Después de esta experiencia, cambió de obra y se puso a trabajar para la empresa Panera Hermanos donde el salario era algo más elevado.

Poco a poco se fue haciendo a la vida de la ciudad y durante su tiempo libre, aprovechaba para ver a los amigos de Belver que como él habían emigrado al norte del país. La aclimatación a esa nueva vida se hacía paulatinamente y en Bilbao se encontraba a gusto.

Uno de los problemas más importantes derivados de las intensas migraciones interiores de finales de los 50 y principio de los 60 fue el de la congestión poblacional en ciertas zonas como el País Vasco y consecuentemente la escasez de vivienda. Evidentemente, este problema de vivienda le afectaba también a Salvador que, sin un hogar relativamente decente, no podía hacer venir a Bilbao a su familia. Tras buscar y buscar, encontró finalmente una habitación con derecho a cocina en casa de una familia extremeña que, como muchas familias, alquilaba habitaciones para ir pagando el crédito del piso adquirido. Estaba dispuesto a instalarse en esa habitación cuando Dolores le comunicó que un hermano de su cuñada les había encontrado una portería en Madrid y que regresara a Belver.

Confiado en lo que le dijeron, Salvador pidió la cuenta en la empresa donde trabajaba y el 27 de noviembre de 1956, es decir, tres meses después de su llegada a Bilbao, se volvió para el pueblo con vistas a marcharse de inmediato para Madrid. ¡Cuál no fue la sorpresa cuando al llegar a Belver se enteró de que lo de la portería de Madrid no había sido más que inventos de su maquiavélica cuñada! ¡Aquello fue una catástrofe! Él que ya tenía una situación en Bilbao, que acababa de encontrar lo más difícil, la vivienda, que tenía ya un porvenir asentado y que le vinieran ahora con pretextos sin fundamento fue un golpe muy duro de aceptar.

Faustino, el propietario de la fábrica de harina de Belver le propuso entonces trabajo pero ¡no había dejado una situación interesante en una ciudad para venir a instalarse de nuevo al pueblo! Desesperado, volvió a integrar la panadería de su hermano sabiendo que sería algo provisional ya que cada día había menos gente y menos trabajo. En efecto, en esos años de 1957-58-59 y década de los sesenta, los habitantes del campo ya no sólo se iban a las ciudades industriales de la periferia sino que también empezaron a emigrar a Europa debido a la intensa demanda de mano de obra de los países europeos avanzados así como a causa del proceso iniciado en España de desagrarización (*sic*) y de incremento del paro como consecuencia del *Plan de Estabilización*. Así fue como Salvador se enteró por la radio y los periódicos que se buscaba a gente para ir a trabajar a Alemania.

Con el firme propósito de salir al extranjero acudió al Instituto Nacional de Emigración de Zamora para que le permitieran ir a Alemania. Los agentes del Instituto le informaron que el cupo para Alemania estaba lleno y le propusieron Suiza. A él le daba igual un país que otro, lo importante era encontrar trabajo fuera donde fuera. Así fue como firmó un contrato por seis meses para trabajar en la agricultura por tres mil pesetas al mes. Le hicieron un pasaporte exclusivo para Suiza y el 30 de mayo de 1961 volvió a dejar en el pueblo a su mujer que entretanto había dado a luz a un segundo hijo.

Otros dos compañeros de Belver, Arcadio y Eudosiso, salieron con él rumbo a Madrid donde se juntaron con todos los españoles de las demás provincias que llevaban el mismo destino. Un tren entero lleno de trabajadores los llevó hasta Barcelona. De allí pasaron la frontera de Port Bou para entrar en Francia donde cogieron otro tren hasta Ginebra. En dicha ciudad, enviaron a algunos para Basilea y a otros, entre los cuales se encontraban los tres belveriscos, para Berna donde los juntaron de nuevo a todos. En la capital suiza la policía operó la distribución de los trabajadores. A los que venían de Valladolid los destinaron a Ginebra y los demás fueron esparcidos por todo el país; incluso separaron a matrimonios. Salvador, Arcadio y Eudosiso, aunque no quedaran lejos unos de otros se encontraron solos cada uno en una finca. Aquel interminable viaje duró dos días, al cabo de los cuales los patronos estaban en la estación a esperar a su obrero correspondiente. La policía recogió todos los pasaportes para no entregarlos más que una vez el contrato cumplido.

El 1 de junio de 1961 estaba ya Salvador trabajando en la finca de una familia de agricultores suizos en el cantón de Turgovia, al norte del país en la frontera alemana sin hablar ni una palabra de alemán. El trabajo consistía en segar y recoger hierba para el ganado, recoger la fruta o atender las vacas. La jornada laboral constaba de quince horas diarias y el lema de aquella familia tan avara parecía ser el de mucho trabajar y poco comer. En efecto, las comidas se reducían al mediodía a una sopa de paquete y para la cena a un ligero aperitivo. Pasó quizás tanta hambre como en los peores años de Tábara y en unos meses adelgazó diecisiete kilos. Lo único bueno de aquella casa era la habitación donde dormía en una cama confortable.

El sentimiento de explotación era notable tanto más cuanto que, esos obreros mandados por España al extranjero, no cobraron el primer mes porque debían reembolsar el billete de tren que les había llevado hasta Suiza. El viaje de vuelta también se lo tuvieron que pagar ellos mismos. La paga la cobraban en efectivo a finales de cada mes y cada paga que recibía Salvador, paga que le mandaba por giro a Dolores. La única distracción que tenían los tres compañeros era reunirse los domingos en el pueblo que se encontraba a tres kilómetros de la finca y tomar un café en el bar. Sólo tenían una idea en

mente: que se acabara cuanto antes el periodo del contrato para poder regresar a España, porque, de estarse muriendo de hambre y trabajar como esclavos, que por lo menos fuera entre los suyos.

El día tan deseado llegó por fin. El 17 de diciembre de 1961 tomaron el tren para Francia rumbo a Zamora dejando detrás de sí una pésima experiencia repleta de malos recuerdos. El viaje de vuelta fue tan penoso como el de la ida con además poco dinero en los bolsillos y bastantes kilos menos sobre el pellejo. Cuando Dolores vio llegar a su marido casi no lo reconoció de lo delgado que venía.

Y vuelta al punto de partida: la panadería de Belver con Horacio. A los pocos meses, en 1962, al morir Eutiquia la madre, los hermanos repartieron los pocos bienes que tenían y la casa que comprendía la panadería y decidieron dársela a Horacio que era el que había mantenido el oficio de panadero sin interrupción. La colaboración en la panadería seguiría conjunta. Pero en 1965, Horacio le abonó a Salvador veinticinco mil pesetas para quedarse con el negocio y éste tuvo que pensar en marchar de nuevo del pueblo para encontrar una situación estable sobre todo, al tener ya una familia con tres hijos.

El 21 de junio de 1965, el matrimonio decidió ir a Valladolid donde se encontraba Nemesio, el hermano mayor y gracias al dinero que les había abonado Horacio, dieron una entrada para un piso con idea de buscar allí trabajo e instalar a la familia. Desgraciadamente, el paro era importante y las oportunidades de situarse muy limitadas. Tras varios días de búsqueda y de reflexión, regresaron a Belver el 24 de junio. Fue en ese momento cuando a un tío de Dolores, Vitorino, se le ocurrió proponerles que entraran en contacto con su hermano cura que vivía en París y del que había oído decir que le encontraba trabajo a la gente. ¿Por qué no se le había ocurrido antes después de ver las penalidades por las que habían pasado? Nunca se lo preguntaron. Quizás ni siquiera se pararon en esas consideraciones ya que nada más hablarles del Hermano Pérez, cogieron la pluma y se apresuraron a escribirle evocándole la situación en la que se encontraban y sus deseos de emigrar.

Como dice el refrán *con paciencia se gana el cielo*, y quizás el mejor emisario fuera el Hermano Pérez que no hizo esperar su respuesta favorable para que Salvador acudiera a París. No había tiempo que perder y emprendieron los preparativos para este nuevo viaje que esperaban fuera el definitivo después de tantas decepciones y proyectos abortados.

Salvador acudió a la Policía de Zamora para que le hicieran un pasaporte ya que el de Suiza no era válido. Le informaron entonces que debía ir primero a Pinilla a que le dieran un certificado de buena conducta. Una vez éste conseguido, volvió a Zamora y el Comisario que le atendió para el pasaporte le preguntó que dónde quería ir. Le contestó que a Burdeos a casa de unos amigos para pasar unos días de vacaciones. La pregunta que siguió fue

la cantidad de dinero de que disponía para dicho viaje. Salvador respondió que cincuenta mil pesetas a lo cual el policía replicó que no era suficiente y que se presentara al Instituto de Emigración. Tras la pésima experiencia de Suiza, la idea de pasar por dicho organismo quedaba descartada, ahora bien, subsistía el problema del pasaporte. Para solucionarlo, el único remedio era volver a solicitar a Pedro. Con esas miras se fue entonces Salvador a casa de su hermana que se había instalado en Elgoibar y de allí a Bilbao donde Pedro le ayudó a obtener un pasaporte.

El día 20 de julio de 1965 Salvador pasó la frontera franco-española. Decidió no ir de inmediato a París pensando que quizás podría probar suerte en Burdeos que quedaba más cerca de España y así, se acercó a casa de su compañero Eudasio que se había instalado en dicha ciudad. Pasó allí dos días y su amigo le aconsejó que fuera a la capital donde podría encontrar mejores oportunidades. Siguió pues sus consejos y el 23 de julio de 1965 llegó a París.

En la estación de trenes de Austerlitz, cogió un taxi al que sólo pudo mostrarle un papel con una dirección ya que no hablaba ni una sola palabra de francés. Y siguiendo el Sena desde donde percibió por primera vez la Torre Eiffel, llegó a la Misión Española en la rue de la Pompe. El Hermano Pérez lo acogió y lo albergó durante una semana dejándole tiempo a que encontrara un alojamiento y trabajo. Al cabo de siete días, se trasladó al Prima Hotel en el 167 rue de Rome.

El 1 de agosto de 1965 comenzó a trabajar en uno de los más prestigiosos restaurantes de la capital: el Fouquet's. Dicho trabajo lo encontró por mediación de Antonio, uno de los tantos españoles que iban a la *rompe*, apelación común³ que se le daba a la Misión Española y que era lugar de encuentro de todos esos españoles emigrados. Ese centro, no sólo constaba de la iglesia sino también de un colegio, un cine, un restaurante, un salón de baile, en resumidas cuentas era el lugar de convivencia para no sentirse aislado y para conservar algo de las raíces dejadas en España. Además, al pertenecer a la comunidad un familiar, Pérez, como lo llamábamos, la *rompe* siempre fue como una segunda casa.

Como Salvador todavía no hablaba francés, fue la mujer de Antonio quien lo acompañó el primer día al Fouquet's para presentarlo al director que no vio ningún inconveniente en emplearlo. Fue afectado a las cocinas donde tenía que encargarse de llevar y traer las cazuelas en carros para que las fregaran otros empleados y luego recogerlas en los armarios. Los horarios eran

³ *Rompe*, por similitud con rue de la Pompe, donde, como ha dicho la autora, se encontraba la Misión Española (N.E.).

de las cinco de la tarde a la una y media de la noche con lo cual, al no haber ya metro a esas horas, le tocaba regresar andando hasta el hotel. Como el resto del día lo tenía prácticamente libre, lo aprovechaba para barrer la iglesia de la Pompe por lo cual le pagaban 50 francos por semana y para efectuar todo tipo de chapuza que saliera, lo que los españoles de Francia llaman “bricolas”, hispanizando como tantas otras palabras el vocablo francés *bricoles*. Estos pequeños extras le permitían completar el salario del Fouquet’s que ascendía a 600 francos al mes. También le daban de comer pero, paradójicamente, a pesar de ser uno de los restaurantes más prestigiosos, la comida era pésima. Por supuesto, no se beneficiaban de lo que preparan los *chefs* para la clientela sino de lo que cocinaba el cocinero especial para el personal. Éste se componía, al menos en las cocinas, de unos cuantos españoles, entre los cuales: dos zamoranos, Ángel Palacios, del Perdigón y Tino Mangas, de Sanzoles, así como de bastantes magrebíes.

A los tres días de estar en el Fouquet’s, le convocó el jefe del personal diciéndole que no podía seguir trabajando allí ya que no tenía los papeles en regla. A eso le contestó como pudo que el propio director del restaurante le había dicho que no era un problema y que podía seguir trabajando. Le proporcionaron entonces los documentos necesarios para que el Estado le hiciera un carné de residencia y un carné de trabajo que consiguió a las pocas semanas en la Prefectura de París.

Retrospectivamente según se van evocando los hechos, todo parecía fácil y en efecto, nada más llegar a este nuevo país fue como si las cosas se encadenaran por sí solas, casi como evidencias. Eso mismo es lo que sintió Salvador en París y rápidamente dejó de hacerse preguntas, por fin había encontrado lo que buscaba. Es cierto que Francia en esa época estaba en plena expansión y reconstrucción y el sistema daba oportunidades a todo aquél que quisiera salir adelante, sólo era necesaria la motivación. Ésta no le faltaba a Salvador que veía un mercado laboral amplio, un tratamiento respetuoso para con los trabajadores y una calidad de vida insospechada hasta entonces. A partir de ese momento fue cuando pensó, satisfecho, que de allí ya no se iría.

No obstante, el aclimatarse a una ciudad tan grande y, sobre todo, desconociendo la lengua no se hizo en un principio sin ciertas dificultades como por ejemplo coger los transportes. Pérez le había dado a Salvador un mapa del metro pero sin explicarle el funcionamiento. Al principio, él iba mirando en el mapa cada estación por la que pasaba para estar pendiente de no saltarse ninguna y aunque por sí solo había comprendido que para ir a ciertos lugares debía hacer correspondencias, no se percató de inmediato que las líneas funcionaban por direcciones. La primera vez que tuvo que ir del hotel de Rome a la estación de Notre-Dame-Des-Champs a limpiarle los cristales a una señora que por allí vivía, después de haber hecho el cambio

en la estación Europe se dio cuenta que las estaciones por las que iba pasando el metro ya no correspondían con las de su mapa y fue cuando vio que había cogido la línea al revés y así comprendió el sistema de las direcciones. A partir de ese día el metro dejó de ser un misterio para él y pronto circularía por todo París en transportes comunes o a pie como si siempre hubiera vivido en la metrópoli.

Con la documentación en regla, un trabajo fijo y una habitación en un hotel, el momento había llegado de hacer venir a la mujer a París. Se planteó entonces el problema de los hijos. No era posible traerlos, no sólo por el alojamiento, sino que era necesario estar mejor instalados y que Dolores se integrara a esta nueva vida. Decidieron entonces enviar a Marianito que tenía 7 años a casa de Nemesio, el hermano mayor, en Valladolid y dejar a las dos niñas, Carmencita con 9 años y Tiqui (servidora) con 2 en casa de los abuelos maternos al cuidado de la melliza de Dolores, Pepa. En un principio, pensaban dejarme a mí en casa de mi madrina Enedina en Elgoibar pero, como lo indicaban ésta y su marido en la carta adjunta, no fue posible. Dicha misiva es un buen ejemplo de la dificultad de la situación y del desgarramiento. La única solución que quedaba fue entonces la de los abuelos. Si Nemesio aceptó de inmediato, con los abuelos, poco acostumbrados a los niños, Dolores tuvo que insistir y explicarles que no tenía otra opción.

Dolores, que nunca había salido de Belver más que para ir a Zamora o Valladolid y que en su vida había cogido el tren, armada de valor y llena de tristeza por dejar a sus hijos detrás de sí, salió el 1 de octubre de 1965 de la estación del Norte de Valladolid rumbo a un nuevo destino que le esperaba en un país desconocido.

Al llegar al día siguiente a la estación de Austerlitz, se encontró sola en el andén. Salvador que tenía que haber estado allí esperándola no estaba. Después de esperar un rato, se acercó a un taxi al que le enseñó las señas del hotel y que la condujo a destino. Dolores iba observando la ciudad por la ventanilla y estaba espantada por tanta inmensidad, tanto tumulto, tanto coche, tanta gente. Pasar de Belver a París era sentirse totalmente desfasada y a la vez maravillada y angustiada; era cambiar no sólo de espacio sino también. de tiempo como si hubiera dado un salto de casi la Edad Media al siglo XX. Pasar de un pueblo de Zamora a la ciudad de las luces, de una casa sin agua corriente a la modernidad de la capital. Sus ideas y sensaciones se mezclaban en su mente, todo aquello que le ocurría le parecía irreal.

Cuando se presentó en el hotel, el primero sorprendido fue Salvador que pensaba que llegaría a las once de la noche y no de la mañana, razón por la cual no había ido a buscarla a la estación.

Elgoibar . 23. Septiembre . 1864 15/ Gramscast 140 1
 Querida Bernardina y sobrinos
 gracias por las cartas que hoy de Salamanca por las cuales
 me escribisteis con tanta y satisfacciones de parte y dejan
 mis cosas en mucha tranquilidad para en fin
 de las cosas que se pasan salieron a la luz
 que queréis de nuestra casa por también tenerlas
 en vuestras cosas. Comprendo que habéis pensado el que
 yo me quedara con la hija por no tener mayor trabajo
 y como yo a mi trabajo y sin embargo no es así por que he
 de irme a buscar a las cosas que me vive de otra manera
 mas de lo que me trabajo y menos tiempo y saber todo
 si se tiene un oficio como yo largo, pues ahora voy a estar
 a una academia y no para en casa, sin que pierdas por
 lo que me trabajo a Comencé, pero aunque me da
 que sacrifico de los ratos que estoy en casa puedo atender
 a lo que a mi se que con la Bernardina me puede

no puedo al tanto a la Bernardina por que una vez
 así he de irme a trabajar todo el día, porque aquí para
 salir a la calle siempre se como dormido y con los niños
 voy que salir a toda la noche por la mañana y a la
 noche y siempre me tengo que sacrificarme un poco de dinero
 lo. Yo voy que la Bernardina para de la casa indicada para
 quedar con la niña, por la niña el último etc y entre ella
 de un modo pueden atenderle sin ningún trabajo -
 ya nos pondrá al corriente de lo que trabajo a lo que
 vosotros, mis otros como siempre os ayudaremos en lo que
 podamos, y para eso vamos a tener un poco de dinero
 cuando queráis nosotros si tener el presupuesto o lo que sea
 que queráis para ponerlo de cuenta por aquí para que
 yo aquí bus de pasar y para dejarme a la Bernardina
 Así que hasta la tuya un abrazo para todos
 Bernardina y Bernardina
 Ahora con el marido para saber de
 que sea, no sea de otro modo por
 cuando con el sea, de otro modo

Tuvieron que buscar otro hotel porque en aquel no admitían a las parejas y a los pocos días encontraron una habitación individual, una “chambra”⁴, como se dice popularmente, en la rue Alfred Bruneau en París 16. Al ser el barrio más burgués de la capital, las ricas familias que allí residían empleaban sobre todo a emigrantes españoles con lo cual, la mayoría de éstos también vivían en dicho barrio, ya sea en casa de los patrones, ya sea en “chambras” o en porterías. Además, la proximidad de la Pompe era también una razón que incitaba a instalarse en esa zona.

La habitación que consiguieron, era, como lo he dicho, una de esas típicas “chambras” en la última planta de los inmuebles de estilo Haussmanniano⁵ que pertenecía a los patrones que habitaban unas plantas más abajo y que proporcionaban la vivienda a cambio del trabajo. Así fue como Dolores nada más llegar se volvió “bonne a tout faire”, es decir, criada en casa de esos burgueses a cambio de la habitación. Más adelante, pasó de “bonne a tout faire”

⁴ Entre los emigrantes se entendía por “chambra” las pequeñas habitaciones, en los grandes edificios parisinos, p. ej. bajo cubierta (N.E.).

⁵ Del boulevard Haussmann, arquitecto que remodeló París en el II Imperio (N.E.).

a “femme de ménage”⁶ en diferentes casas donde limpiaba por horas como en casa de Madame Crol. Tenía verdaderos deseos de integrarse y se inscribió en la Pompe a clases nocturnas de francés. Aprendió también rápidamente a situarse, ella que llegaba directamente de Belver, aunque al principio más de una vez lo pasó muy mal. En efecto, Pérez se contentaba con darle las direcciones de las patronas y la dejaba que se desenvolviera sola. Cuando la primera vez le dijo que se había perdido y que había estado dando vueltas durante más de una hora hasta encontrar la casa, le contestó que así era de la manera que aprendía; y en efecto, aprendió.

En la Pompe habían hecho amistad con una chica de Zaragoza que iba mucho por allí, Pili, y que trabajaba en casa de Monsieur y Madame Balladur. Éstos necesitaban a una segunda persona para que ayudara en los oficios de la casa y cuando Pili le propuso a Dolores el puesto lo aceptó ya que proporcionaban la habitación por hora y media de trabajo al día. Esa “chambra” era la que le correspondía a Pili pero como ella dormía en el mismo piso que sus patronas, no la utilizaba. De ese modo, el 7 de diciembre de 1965, Dolores y Salvador se instalaron en la Avenue Bugeaud en casa de los Balladur sin percatarse en todo el tiempo que estuvieron allí que el patrón, Edouard Balladur era el Consejero Principal del futuro presidente, Georges Pompidou y él mismo futuro Primer Ministro.

Mientras Salvador iba a trabajar a la Pompe, a limpiar los cristales o a hacer “bricolos” antes de acudir al Fouquet’s, Dolores hacía el “ménage”, es decir, la limpieza, en casa de Balladur y otras casas del barrio donde trabajaba por horas. Recuerda uno de los primeros días de estar allí en que tuvo que limpiar la cafetera y como no sabía abrirla, fue el propio Señor Balladur quien le mostró el mecanismo. Guardan buen recuerdo de esa familia que siempre los trató con mucha consideración. Pero para Dolores era muy difícil estar tan lejos de sus hijos y a menudo lloraba cuando se acordaba de ellos. Su única obsesión fue entonces el traerlos cuanto antes y todos los días le insistía a su marido para ver cuándo se les podría ir a buscar. Salvador quería esperar un poco más e instalarse mejor porque la habitación donde estaban no era muy grande pero Dolores prefería vivir un poco estrechamente pero todos juntos. Por fin acabó por convencerlo y el 17 de diciembre de 1965 Salvador se fue para España a recuperar a los dos mayores ya que yo sólo tenía dos años y medio y no hubieran podido ocuparse de mí e ir a trabajar.

⁶ De chica para todo, a empleada de la limpieza (N.E.).



¡Qué fabuloso regalo de Navidad cuando Dolores acogió a Carmencita y Marianito el 24 de diciembre de 1965! ¡Por fin, estaban ya casi todos reunidos en aquella pequeña pero tan acogedora habitación!

Al empezar las clases en enero tras las vacaciones navideñas, Carmencita y Marianito integraron la escuela francesa en el mismo barrio. Si al principio no se enteraban de nada aparte de las matemáticas donde sacaban resultados excelentes por tener un nivel muchísimo más avanzado que el de los demás niños de su edad, no tardaron en integrarse y al cabo de un mes hablaban perfectamente francés. Después de clase, jugaban con los hijos de Balladur que tenían la misma edad que ellos. Al principio también todo les parecía raro, ver esas tiendas tan fabulosas, las golosinas en las panaderías y tantas cosas que no podían imaginar en Belver.

La vida seguía su curso entre el trabajo y la escuela de los niños. Dolores trabajaba en varias casas y estuvo yendo algún tiempo a casa de la famosa, pero una vez más sin saber de quién se trataba, Albina Bagnoux que le dio unos cuantos pares de zapatos magníficos con los cuales pudo presumir cuando regresó a Belver dejando a todos espantados por su elegancia.

Pero antes de eso, el 6 de mayo de 1966, se llevaron un susto tremendo ya que Marianito, al salir de casa, no vio un coche que pasaba por la calle a gran velocidad y lo pilló. Pegó un brinco de varios metros y cayó en el capó del Jaguar. Estuvo más de un mes escayolado en el hospital pero quedó a salvo.

Por otra parte, Marcelino, el hermano pequeño de Salvador, que había emigrado al País Vasco, al ver que su hermano estaba satisfecho de la vida en Francia quiso probar suerte y quiso venir también a París. Salvador aceptó ayudarlo y después de haberle encontrado un trabajo y una habitación, lo mandó venir en junio de 1966. Julia su mujer acudió en septiembre de ese mismo año.

Cuando llegó el verano y las vacaciones de agosto, regresaron todos a Belver y recuerdo el momento en que pasaron la puerta de la casa de mis abuelos. Mi tía Pepa me empezó a decir que fuera a darle un beso a Mamá pero yo me escondía con miedo detrás de ella porque no sabía de quién me estaba hablando; los había olvidado por completo.

En septiembre de 1966, aunque la situación seguía siendo la misma, es decir, el mismo trabajo y la misma vivienda, decidieron traerme con ellos. Acababa de cumplir tres años y ya podían meterme en la escuela para cuando ellos estuvieran trabajando. Así fue como regresamos juntos, los cinco, a París a la habitación de Balladur. Durante los ratos que no iba a clase, mi madre me llevaba con ella a trabajar a las diferentes casas o como mi padre no entraba al restaurante hasta las cinco también me quedaba con él una vez que otra.

Pili, llevaba ya cierto tiempo diciendo que estaba harta de trabajar en casa de Balladur y quería marcharse. Dolores, le rogaba que aguantara un poco más hasta que encontrarán dónde alojarse porque marchándose ella, se quedaban sin la habitación. No hubo ruegos que valieran, en octubre de 1966, con el invierno a las puertas, Pili dimitió y nos encontramos en la calle. Al ser reemplazada por otra persona, esa señora necesitaba la habitación, con lo cual nos tuvimos que salir y sospechamos que Balladur nunca supo que nos íbamos sin tener otro sitio donde alojamos. De haberlo sabido, pensamos que



Marianito (7 años) Carmencita (9 años) Tiqui (2 años)

no nos hubiera dejado en la calle, pero nadie se atrevió a exponerle nuestra situación.

Mis padres encontraron un hotel en la Porte de Champerret, cosa que no fue fácil ya que éramos cinco personas. Ese hotel nos aceptó pero sólo para dormir, y el resto del día andábamos por la calle como vagabundos. Pili que fue la culpable de esa situación nos cerró su puerta, en cuanto a mis tíos, Julia y Marcelino, después de estar en París gracias a mis padres, también pusieron la disculpa de que no tenían sitio en su habitación para acogernos durante el día. Nos tocaba pues ir a la “Rompe” (*sic*) a que Pérez nos diera un vaso de leche caliente para soportar el frío y tener algún cobijo esperando la hora de poder entrar en el hotel. En ese plan anduvimos durante tres días. No había forma de encontrar vivienda, con tres hijos, nadie quería alquilarnos nada. Salvador llegó incluso al extremo de pensar regresar a España donde, por lo menos tenía un piso en Valladolid pero eso no solucionaría el problema del trabajo.

Finalmente, Pérez le expuso nuestra situación a una señora muy rica que iba por la Pompe, Madame Cardone, quien decidió dejarnos gratuitamente un apartamento que poseía en el Boulevard Flandrin. Se puede decir que esa señora nos salvó la vida y menos mal que existen personas de esas que a veces cruzan tu camino y te echan una mano. El apartamento era pequeño ya que sólo tenía una habitación y una cocina pero ¡qué a gusto se estaba allí con una buena calefacción! Madame Cardone no sólo nos prestaba su apartamento sino que además nos traía a menudo juguetes y tebeos de Tintín, ¡qué más podíamos pedir! Fueron casi tres meses muy agradables y allí pasamos las Navidades. Carmencita y Marianito iban a la escuela, mis padres a trabajar y yo me solía quedar con una vecina española, Goyita que me aficionó al dibujo. Recuerdo que bajábamos también a jugar al Square Lamartine que quedaba cerca de allí y donde se cogía agua de una fuente como en los pueblos.

Pero aquella situación era provisional, había que encontrar un alojamiento a toda costa. Mis padres no estaban enterados de las ayudas sociales, pensaban que había que ser francés con lo cual nunca se informaron en ese sentido, la única fuente de información que tenían era Pérez. Sin embargo, una vez más, por su mediación, les hablaron de un piso en Levallois-Perret al límite de París 17. Era grande y estaba muy bien pero el propietario pedía 550 francos por mes cuando Salvador ganaba 600. No obstante, no se lo pensaron dos veces y les pegaron la estafa del siglo. En efecto, el propietario exigió en efectivo diez mil francos de fianza y no les firmó el más mínimo papel. En aquella época, con esa cantidad hubieran tenido para comprarse un apartamento. Todos los ahorros que habían acumulado en dos años fueron entregados sin negociación posible. Marcelino le dijo a mi padre que él no hubiera dado ese dinero ni loco, mejor volver a España, en cuanto a Pérez, el

único que hubiera podido negociar algo con el propietario dijo que ese dinero le iba a venir bien a este último para irse de vacaciones.

El 30 de enero de 1967 nos instalábamos en ese piso sin un céntimo en los bolsillos. Menos mal que del restaurante Salvador traía las sobras de comida que nos permitía alimentarnos y como su salario pasaba íntegramente en el alquiler, optaron por alquilar dos habitaciones a huéspedes que nos mandaba Pérez. Eran españoles que acababan de llegar a París a buscar trabajo y en espera de instalarse, se alojaban en nuestra casa. Salvador, Dolores y Marianito dormían en el salón y Carmencita y yo en un pequeño cuarto. Hubo momentos en que teníamos hasta cinco hombres y por allí desfilaron en casi tres años todo tipo de energúmenos con cada cual su historia y vivencias. Con varios de ellos conservamos la amistad durante años como fue el caso de Roberto. Recuerdo a este hombre porque dibujaba muy bien y tenía una imaginación desbordante; con él construimos un nacimiento excepcional con todo tipo de detalles. A Dolores le tocó lavar a mano muchas sábanas ya que no podía permitirse el lujo de comprar una máquina de lavar y el trabajo era tanto más penoso cuanto que a veces llegamos a ser once o doce personas en casa.

Al estar ya algo lejos de la Pompe, dejamos de ir con tanta frecuencia, aunque los domingos los solíamos pasar allí. Siempre íbamos andando como para la mayoría de nuestros desplazamientos. En aquellos primeros años, nos recorrimos todo París a pie visitando todos los monumentos y lugares famosos. Mis padres tenían ese afán de visitar, algo bastante excepcional entre los emigrantes ya que sabemos de muchos que han regresado a España sin siquiera haber subido a la Torre Eiffel. Aunque estuvieran en Francia para trabajar, no era el único objetivo. En definitiva, su meta era vivir en mejores condiciones que hasta entonces y eso pasaba no sólo por una vivienda aceptable sino también por un enriquecimiento cultural. A Dolores le hubiera gustado seguir con las clases de francés pero al habernos alejado de la Pompe ya no era posible, sin contar que además, volvió a quedar embarazada. Esto fue una difícil prueba adicional ya que tuvo que acudir varias veces a los médicos sin entender lo que le decían y sin poderse expresar.

En noviembre de 1967 nació el cuarto hijo, Toñín. Como Salvador trabajaba de noche en el restaurante, a Dolores le tocó ir sola y como pudo hasta la clínica. Yo tenía cuatro años y no podía quedarme sola en casa, así, Carmencita, tuvo que ir a hablar con la directora de mi escuela para que me pudiera quedar en la cantina toda aquella semana. La situación económica no era excelente por entonces y Dolores con los cuatro hijos no podía trabajar tanto como antes sin embargo, supieron organizarse y acoger a todos, incluso a aquellos que les habían dado la espalda en momentos críticos. A Goyita, que sufrió una operación, la acogieron en casa durante su convalecencia cuando



seguían allí los huéspedes. Por si éramos pocos, Benito, el hermano de Dolores también quiso emigrar a París y como era recién llegado también lo tuvieron en casa viviendo cierto tiempo hasta que se instaló. Más que una casa parecía aquello un molino.

Al cabo de dos años, el jefe de cocina le propuso a Salvador el puesto de lavaplatos que estaba mejor remunerado. Le contestó que no le interesaba y que le diera la cuenta. El jefe le preguntó entonces si dimitía por haberle hecho esa proposición y Salvador lo tranquilizó diciéndole que se iba porque había encontrado otro trabajo. En efecto, el 7 de octubre de 1968 integró la Iglesia Americana en el 65 quai d'Orsay en París 7, hasta que se jubiló el

30 de mayo de 1992. Empezaron entonces para él los mejores años de su vida. Nunca soñó con tener un trabajo tan excelente; para él era el mejor puesto que existía en toda Francia. Lo contrataron bajo la cualificación de carpintero aunque luego hacía un poco de todo: pintar paredes, cambiar bombillas, poner cristales, en resumidas cuentas todo lo que concernía la manutención (sic)⁷.

La Iglesia Americana, era como la Pompe, un lugar de referencia para los americanos que llegaban a París pero por allí pasaba todo tipo de gente y de nacionalidades. Constaba el centro, aparte de la iglesia, de un teatro, un gimnasio, escuelas de párvulos, de Montessori o de Lenen School, acogía a grupos como alcohólicos anónimos, o el club de la edad de oro, etc. O sea que era a la vez centro cultural, religioso y de convivencia. Salvador se integró enseguida a la estructura y conocía a todas las personas que pasaban por allí con frecuencia. Su principal ocupación se volvió la charla. Nadie lo controlaba, tenía los horarios que le apetecían y trabajaba a su ritmo. Ocupaba un taller con buena calefacción en el sótano donde tenía su herramienta y donde se pasaba largas horas leyendo el periódico (gracias al cual entre otras cosas mejoró mucho el francés) o charlando con su mejor compañero, un ruso aristócrata que había huido de la revolución de 1917, Robert, que también era empleado de la Iglesia y que hacía como que trabajaba. De todos modos, no había nunca mucho que hacer aparte ir a llevar el correo todos los días a la

⁷ Por mantenimiento (N.E.).

oficina de correos que finalmente era una buena ocasión de ir a dar un paseo y seguir conversando con los comerciantes del barrio. ¡Por fin podía echarse a la buena vida!

La Iglesia Americana, aparte de darle un sueldo a mi padre, parecía una caverna de Alí Baba. En efecto, al estar situada en un barrio rico, mucha gente llevaba ropa y todo tipo de objetos que ya no quería y que las más de las veces acababan en la basura y raro era el día que Salvador no traía algo: juguetes, vajilla, bolígrafos, objetos decorativos. La mayoría de los días, en cuanto llegaba a casa lo primero que le preguntábamos era qué había traído. La cantidad de kilos de hojas de papel que pudo traer es incalculable, hojas de todos los colores que personalmente me permitieron desarrollar mi creatividad. Y lo que más nos gustaba era cuando por Navidad, el Pastor invitaba a todos los empleados con sus familias a una cena en su maravilloso piso. Cantaban villancicos en inglés, nos daban regalos y pasábamos una noche muy agradable.

Además, en su trabajo, Salvador conoció a verdaderas amistades entre sus compañeros como la secretaria Georgette o Monsieur Robert, en la foto que inserto.

Cuando Salvador se jubiló en 1992, la Iglesia organizó una ceremonia para rendirle homenaje por los servicios prestados pero sobre todo, a quien quiso valorar el Pastor en su discurso fue al emigrante identificándolo con todos esos europeos que un día emigraron a Estados Unidos para buscar una vida mejor y mostrando que Salvador había hecho lo mismo armándose de valor. Para el Pastor eso era realmente digno de señalar porque no toda la gente tiene esa capacidad. Aquel día fue muy emocionante para todos.

Pero volvamos al curso del relato, es decir, a finales de los 60. Pasaron varios años sin regresar a Belver porque Toñín era pequeño y el viaje largo y cansado, en aquellos tiempos nos tirábamos 24 horas de viaje en trenes con asientos de madera, con trasbordos en estaciones donde pasábamos horas y horas para después coger trenes en España que iban a paso tortuga y en los cuales venía además el revisor pidiendo un suplemento por exceso de velocidad. De ese modo, los acontecimientos del 68 los vivimos en París, sin metro y con huelgas en todos los sectores. Al año siguiente tampoco fuimos de vacaciones porque Salvador se accidentó. Recuerdo que el 31 de julio de 1969 estábamos en casa con mi madre y un policía se presentó avisándonos que mi padre había tenido un accidente en el trabajo y lo habían llevado al hospital. Se encontraba subido en una especie de andamio de mala muerte en el gimnasio de la Iglesia para pintar el techo y con su peso, la viga no resistió y se cayó desde 4 metros de altura. Estuvo inmovilizado todo el verano en el hospital Laennec que quedaba bastante lejos de casa. Mi madre iba a verlo

todos los días después del trabajo y mi hermana se quedaba con nosotros pasando los días enteros en el parque que acabamos odiando.

Thomas E. Duggan
pastor
Richard N. Sommers
associate pastor
Fred Gramann
director of music
Bob Bishop
director of
community outreach



the
American Church in Paris

65, quai d'Orsay 75007 Paris - tél. (1) 47050799

le 14 mai, 1992

M. Jose Garcia
c/o The American Church in Paris
65, Quai d'Orsay
75007 Paris

Cher M. Garcia,

Au nom des fidèles de l'Eglise Américaine, du conseil d'administration, des pasteurs présents et passés aussi bien que de leurs collègues professionnels, nous vous saluons et vous remercions de votre service à notre église qui a duré plus que vingt ans.

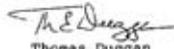
On voit les traces de vos efforts partout, dans le bon entretien de nos immeubles, dans les murs que vous avez peints et restaurés plusieurs fois, dans la menuiserie que vous avez faite.

Vous avez toujours accompli vos tâches avec le sourire et vous avez supporté avec bonne humeur les pasteurs et leur familles qui ne parlent pas toujours un français impeccable.

Vous êtes venu en France pour obtenir une vie meilleure pour votre famille. Tous nos ancêtres américains ont fait la même chose. Nous sentons un lien commun dans la poursuite de ce rêve, un rêve que vous avez si bien réalisé.

Nous vous souhaitons une excellente santé et bonne chance pour vous et votre famille pour votre retraite. Nous avons beaucoup apprécié votre collaboration durant toutes ces années.

Veillez agréer, cher M. Garcia, l'expression de nos sentiments les meilleurs.


Thomas Duggan
pasteur


John Chambers
modérateur

Sólo fue en 1970 cuando mis padres se enteraron que existían subsidios para familias numerosas, incluso de extranjeros, y ayuda para pagar el alquiler de la casa. Empezamos pues a cobrar el subsidio familiar y eso nos permitió separarnos de los huéspedes, quedando toda la casa para nosotros. Hubieran podido optar como la mayoría de los españoles por vivir en "chambras" con el agua en el pasillo y el váter común o en una portería todos amontonados pero decidieron darnos un alojamiento correcto aunque tuvieran que pagarlo.

Y con eso de que teníamos piso grande, como lo dije antes, era la casa del trueque, los domingos siempre teníamos invitados. La mayoría eran zamoranos ya que los emigrantes suelen juntarse con los suyos, los paisanos, aunque también venían españoles de otras provincias con los cuales se habían desarrollado lazos de amistad. Entre los zamoranos, cabe citar a Ángel Palacios y Tino Mangas, de El Perdigón y Sanzoles, respectivamente, de los que ya hablé, Taurino, de Pajares de la Lampreana, Gratignano, de Cañizo, Fidel Martín, de El Perdigón, Melquiades



M. Robert y Salvador.

y Andrea de Villárdiga, Gregorio y Donato Flechilla, de Pobladura y Justo y Eufrasio, de Villalpando. Éstos formaron parte de la primera oleada de emigración en los años 1950 que se concentró en el famoso barrio de La Plaine Saint Denis o la Calle Cristino García. La verdad es que zamoranos siempre ha habido muy pocos en París, predominando gallegos y andaluces, así, en cuanto mis padres conocían a algún zamorano, automáticamente entablaban una amistad más intensa que con otros españoles, aunque, repito, también tenían otras amistades. Esa era la vida social que combinábamos con las visitas de la capital o las idas a la Pompe. Más adelante, integramos las asociaciones de emigrantes españoles y empezamos a participar en las actividades educativas y culturales. Salvador fue incluso algún tiempo tesorero de la asociación de nuestro barrio. Mi hermano menor y yo asistíamos a las clases de lengua y cultura españolas los miércoles y sábados por la tarde ya que el resto de la semana íbamos a la escuela francesa, y obtuvimos así el “Graduado Escolar”, aunque a decir verdad, esas clases de español eran más un momento de recreo que de estudio.

Los años difíciles quedaban ya atrás. Mis padres habían realizado vanas inversiones en Valladolid. En 1979 instalaron el teléfono y compraron el primer piso en París. Mis hermanos mayores empezaron a viajar por el mundo entero e integraron la universidad francesa después de haber realizado toda su escolaridad en el colegio español, el “Liceo” como lo llamábamos. En efecto, al llegar a Francia, mis padres los metieron inmediatamente en la escuela francesa para que aprendieran francés rápidamente y se integraran pero, el Hermano Pérez les aconsejó que los metieran en el colegio español que estaba ubicado en la Pompe y eso hicieron. Coincidió además que nada más mudarnos a Levallois, trasladaron el Liceo a Neuilly y como lo teníamos a un cuarto de hora andando de casa, allí siguieron. De modo que, cuando terminaron la



escolaridad, habían sido los alumnos que más tiempo habían estado en el Liceo ya que se quedaron desde párvulos hasta C.O.U. (los demás alumnos, o abandonaban los estudios o regresaban a España). Después de selectividad, mi hermana entró en la Sorbona a estudiar Filología española y francesa (hoy es catedrática) y mi hermano estudió Historia y Filología española (hoy es catedrático e historiador en el equivalente del CESIC).

En cuanto a mí, como cuando llegamos a Levallois sólo tenía cuatro años y no había estructura para mí en el colegio español, entré en la escuela francesa pero integré el Liceo en 1.º de B.U.P. después de haber obtenido el

Graduado Escolar gracias a las clases de la Asociación.

Puedo decir que guardo un excelente recuerdo de esos años en el Liceo español ya que el ambiente era totalmente diferente del de la escuela francesa. Estábamos entre “nosotros”, éramos todos (aparte alguna excepción de hijos de diplomáticos) hijos de emigrantes y vivíamos las mismas cosas, nos comprendíamos, no había discriminación. Sin embargo, esto cambió el último año de estar allí (en C.O.U.) ya que, aparentemente, con el descenso de emigración y el retorno de muchos españoles, ya no había suficientes alumnos, con lo cual, sospecho que hubo alguna campaña publicitaria para atraer a alumnos de España. Así, aquel año, se nos llenó la clase de hijas de papá que no se mezclaron mucho con los que llevábamos allí años. Aparte de las clases, a menudo organizábamos guateques en el comedor los sábados por la tarde y por Navidad presentábamos un espectáculo ¡Me lo pasaba bomba! Hicimos también varios viajes: Grecia, Venecia... Quisiera decir unas palabras sobre los pobres profesores de francés para quienes el trabajo no era fácil ya que, eran enviados por España donde habían aprendido el idioma pero, como lo hablábamos muchísimo mejor que ellos, la clases eran una verdadera juega.

Después del Liceo la inmensa mayoría de mis compañeros regresaron a España para seguir allí los estudios y de esa manera, perdí de vista a muchos amigos. Mi padre, para quien Francia era el paraíso sobre la tierra, no veía bien que los españoles marcharan a España ya que estaba convencido que el nivel de estudios francés era mucho mejor que el español y que a la hora de encontrar trabajo había muchas más oportunidades en Francia. Así, a ninguno

se nos pasó por la imaginación el volver a España. Integré, pues, también la universidad francesa donde estudié filología española, francesa y traductología⁸. Hoy día también soy catedrática. En cuanto a mi hermano menor, estudió comercio y actualmente es funcionario en el ministerio de la cultura. No obstante, a pesar de nuestra perfecta integración en la sociedad francesa (mi hermano mayor está incluso casado con una francesa de pura cepa y todos los nietos de Salvador y Dolores llevan ya nombres franceses) no por ello hemos olvidado nuestra cultura y nuestras raíces y nos gusta volver con frecuencia a España y particularmente a Belver. Además, por medio de nuestros oficios de enseñanza de la lengua y civilización españolas, estamos en contacto permanente con nuestra segunda cultura a cuya expansión contribuimos.

EPÍLOGO

Hoy día mis padres, gracias a un gusto pronunciado por los viajes y por la sed de conocimientos tienen recorrido medio mundo (Egipto, Israel, la Unión Soviética, Cuba, Chile, México y prácticamente toda Europa). ¡Quién iba a decirle a Dolores aquel día que tomó el tren por primera vez en Valladolid, a los 37 años, iba a recorrer el mundo en avión!

Contrariamente a la inmensa mayoría de los emigrantes que salen de su país para ganar dinero y retomar a su tierra, la meta de mis padres no fue nunca esa. Lo que buscaron desde un principio fue mejorar sus condiciones de vida y adaptarse a ese nuevo lugar y no estar malviviendo en “chambras” para un eventual e improbable regreso en el momento de la jubilación. Gracias a ese espíritu y a la buena gestión que tenían, nunca faltamos de nada y pudimos llevar una vida totalmente normal y equilibrada.

Cuando salieron por primera vez de Belver, primero Salvador, y luego Dolores, tenían un único objetivo: ganarse la vida modestamente y tener un techo bajo el cual cobijarse. Dicho objetivo no sólo lo han conseguido sino que lo han multiplicado sobrepasando así los sueños más imposibles que hubieran podido tener en su infancia. Sé que aparte del aspecto material, lo que más les enorgullece son los grandes estudios que hemos realizado, pero si por esas carreras nos admiran, yo los admiro más aún por el recorrido que han efectuado y el ver dónde han llegado y quisiera agradecer el Premio Memoria de la Emigración Castellana y Leonesa por haberme dado la oportunidad de rendirles este homenaje.

⁸ La autora debe referirse a la titulación que en España recibe el nombre de Traducción e Interpretación (N.E.).